

un gusto del juego con las cosas del mundo, que intentaba iluminar con todas las lumbres del destino. Como al margen, como de paso, mucho se le ha logrado desde entonces y algo de esto muestra excelencias que se echan de menos en la producción de la mayoría de sus colegas.

Mas sólo con "The Trial" retorna Orson Welles a la línea de sus grandes creaciones. Nos adentramos en esta historia de Josef K. como con las propias novelas de Kafka ocurre, donde sólo una decisión cabe: dejarlo a las veinte páginas o sencillamente entregarse.

Esta historia del hombre tras la quimera de su derecho no es directamente la filmación de una obra imposible de filmar. Pero es una versión de la misma para la pantalla y como tal se instala soberbiamente en la galería de las obras maestras del cine. Técnica, guión, dirección, escenografía y música, se combinan en la película como una pesadilla de delirio. No es un film de horror, pero logra clavarnos el acicate de la emoción más viva, provocando en el espectador sensible a lo visionario —y capaz de interpretarlo— una casi dolorosa tensión. Y ello sin abandonar el más alto nivel estético ni un solo instante. Cuando, al final, en una variante a la muerte de K., tal como se produce en Kafka, el acosado, que se abre camino a través de salas sin fin, pasillos, salones de actos y tribunales,

ante el humano conglomerado caótico de jueces, abogados, mujeres —todo ello insertándose de modo extraño y casi inexplicable en su carrera tras el derecho que se le evade y escapa— acaba como víctima del destino, Welles actualiza su trazoñada historia haciendo aparecer, muy levemente insinuado, el hongo maldito de la nube atómica.

Pocas son las películas de las que pueda decirse que uno desearía verlas dos veces. Entre ellas se cuenta ésta. No en último término porque, artísticamente, es tal su opulencia en el fenómeno, en el detalle, en el desvelarse de la visión poética, que una vez no basta para la aprehensión de todos los matices. Son muy escasas las obras de la pantalla de semejante totalidad de trabajo logrado.

En el reparto de los papeles no sólo ha elegido Orson Welles al estupendo Anthony Perkins, que por fin tiene aquí, nuevamente, al cabo de mucho tiempo, una tarea digna de su capacidad: eligió también a magníficos artistas, como Katina Paxinou y Akim Tamiroff, como Jeanne Moreau y Elsa Martinelli. Y no en último término Rommy Schneider, liberada y depurada al fin del almibar empalagoso con que la había impregnado el cine alemán.

Manfred George

HOMBRES Y DELFINES, COMUNICACION INTERESPECIFICA

En una reseña crítica del prof. Dr. H. Hediger, de la Universidad de Zürich, sobre el libro *El "lenguaje" de los animales*, del prof. Dr. F. Kainz, de la Universidad de Viena, se dice: "El problema medular del libro, enfocado con viva luz desde todos los ángulos, es la cuestión de si los sonidos que emiten los animales son sólo gritos egocéntricos ("interjecciones expresivas") o si, en determinadas circunstancias, puede atribuírseles un designio de comunicación. El autor elude una decisión,

pero no deja de advertirnos que esta segunda posibilidad "es nuevamente considerada por muy serios y rigurosos investigadores".

"En una nueva edición de su libro acaso no eluda la decisión Kainz. Su libro aparece en el mismo año en que han aparecido los de Alpers, Kellog y Lilly: las tres obras contienen impresionantes datos sobre el lenguaje de los delfines. Lilly está firmemente convencido de que con el tiempo se llegará a "una comunicación acústica interespecifica" entre hombres y delfines. Ahora bien, aun en el caso más favorable, no se aproximará este lenguaje de los delfines, ni en la forma más remota, al lenguaje humano, de modo que en la esperanza nueva edición podrá mantener Kainz, intacto, el primer enunciado de su libro, según el cual "el lenguaje es privilegio y exclusivo patrimonio del hombre".